

## MI HERMOSA CIUDAD

Resuena de nuevo ese sonido estridente en la habitación indicándome que ya es hora de levantarme y vestirme para ir al colegio. Bufo y de un manotazo apago el teléfono, estiro mi cuerpo y bostezo; no fue buena idea haberme desvelado estudiando para el examen de hoy. Entro a la cocina y veo a mi madre preparando la comida, mientras mi padre está en su quinto sueño, al igual que mi hermana pequeña. Al terminar de desayunar hago lo mismo que haría todos los días; quien diría que este año me graduaría junto a todas mis amigas; estoy tan emocionada que inconscientemente se me planta una sonrisa tonta y no me doy cuenta ni de que me he puesto la camisa al revés. Rápido, me la pongo correctamente y salgo para encontrarme con Sofía, mi compañera y mi mejor amiga. Mientras caminamos vemos carteles enormes con caras desconocidas y hasta un poco feas. Muchos coches enormes pasan a nuestro lado, levantando un gran muro de humo y para nuestra sorpresa, tienen las mismas caras plasmadas y hasta van con un estampado militar. “No les favorece nada; creo que un rosa quedaría mejor”- me dice Sofía mientras se aparta el humo de la cara; y reímos.

Llegamos y nos despedimos con un abrazo; íbamos a clases diferentes; ahora solo me queda esperar hasta que toque el timbre y poder salir para encontrarme con ella en los baños. Pasa la primera, segunda y hasta la tercera clase y, por fin, me he quitado de encima ese examen de anatomía que he estado estudiando tanto tiempo. Toca el timbre de la cuarta clase y, justo cuando estaba a punto de levantarme para encontrarme con Sofía, entra un señor, feo como ninguno; tiene la misma mirada que las grandes fotos que hemos visto esta mañana; parece más viejo que la profesora Emily. “Es el director”, susurra Diego, mi compañero de mesa; la clase se hunde en un silencio abrumador y la tensión se podría cortar con las tijeras de mi estuche.

“A partir de mañana queda prohibida la entrada a este centro cualquier mujer”.

Estas palabras resonaron en las coloreadas paredes de la clase que adornamos el trimestre pasado con nuestros trabajos y dibujos. “¿Qué?”- es lo único que sale de nuestras bocas, mientras nuestros ojos no pueden abrirse más.

Miedo e incertidumbre es lo único que siento en lo profundo de mis huesos, mientras mis compañeras comenzaban a recoger, nos mirábamos incrédulas y temblando. No entendemos nada de nada. Hago el amago de levantarme y soy detenida por Diego, me agarra del brazo y me pregunta si todo está bien. No puedo mirarle, sigo en shock. Me coloco en la cola y, al salir, me encuentro a Sofía; esta pálida y tiene las pupilas dilatadas, tanto que esconden su precioso azul verdoso. Entrelazamos nuestras manos sin dirigirnos la palabra y salimos del recinto. Vemos a la profe Emily llorando en el asiento del copiloto junto a su esposo. Seguimos sin entender nada y nadie nos explica qué estaba ocurriendo.

Todo se derrumbó tan de repente que no nos da tiempo ni a llorar. Lloros, gritos y sonidos fuertes resuenan en las calles de mi preciosa ciudad. Entro en casa y veo a mi madre sentada junto a mi hermanita abrazadas, enfrente de ellas mi padre. “¿Qué está pasando?”-susurro mientras me acerco a mi padre. Miro a mi madre cabizbaja llorando y veo gotas rojas cayendo en la preciosa alfombra que nos regaló mi abuela. Luego miro las manos de mi padre, en una de ellas veo un gran trozo de tela y en la otra un mar de sangre. Me acerco aun mirando ese intenso color cobrizo. No comprendo nada, “¿quién ha lastimado a mi madre? Miedo es lo único que siento al ver cómo mi padre levanta la tela hacia mi cara; rápidamente me la protejo, con éxito. Recojo esa tela y, al ver lo que era, unas incesantes gotas empezaron a recorrer mis mejillas. “¿Qué significaba todo esto?”. “¿Por qué tengo que esconder mi libertad con esta gran tela?”. Y más importante, “¿por qué no podré nunca más ir a clase?”.

Sigue el silencio que a veces se interrumpe por los sollozos de mi madre y mi hermanita. Corro hacía mi ventana que conecta con la de Sofía, pero no la veo, en cambio, me asusto. Veo una gran sábana que me esconde sus hermosos ojos, ya no puedo ni ver su sonrisa. Se agarra de los barrotes que ahora cierran por completo la vista y grita en silencio mientras tiembla.

Enciendo mi teléfono y veo las noticias. “Esto es mentira” me digo a mí misma, “¿qué hicimos mal?” ,” ¿cuál fue nuestro pecado?”. La respuesta que siempre se repite no la logro comprender. “Nacer así”, pero “¿así como?”, siento mi piel erizarse al escuchar los gritos agudos del exterior. Mi corazón palpita tan fuerte que mi pecho se encoge con los sonidos más graves que provienen de los que nos quitan nuestra libertad.

Un torrente me inunda y llena de desesperación y pena. Las palabras comienzan a enredarse una tras otra, como mis manos que, con ansias quitan todo rastro de frustración, rabia y odio, que inundan mi alma con la misma rapidez con la que han aparecido.

Pasaron los días y con ella la que pensaba que era mi vida.

Esto no es una vida, es una tortura. ¿“Por qué tenemos que ser nosotras las víctimas cuando son ellos los que pelean entre sí?”, “¿qué pasará con la profesora Emily cuando ya no esté su esposo?” “¿dónde están las ayudas de las que hablan por las redes?”, “¿por qué cada día tengo más moretones y estoy más cubierta?”, “¿dónde están mis derechos si cumplo mis deberes?”, “¿cómo me curaré las heridas físicas y emocionales de esta gran bomba?”.

Un día consigo convencer a mi padre de salir con él a hacer la compra; mientras salimos, yo tengo mis pensamientos encerrados detrás de mi progenitor, viendo el firme suelo en el que humillaron a una vecina el otro día; solo por colocarse mal la tela que ocultaba sus manos brilla el suelo por la reciente sangre salpicada en él. Creo que he pasado demasiado tiempo recordando, ya que, al levantar un poco la mirada en busca de los zapatos de mi padre, veo cinco pares más de los que debería haber y me son totalmente desconocidos. Miedo y pánico es lo único que desprende mi cuerpo.

Cada vez están más cerca de mí, retrocedo tropezando con una de las piedras que anteriormente cometieron ese espantoso y sangriento acontecimiento que perdurará en mis pensamientos. Estos hombres me gritan muchas cosas, una más denigrante que la anterior y yo solo puedo quedarme quieta y llorar en silencio mientras me arrastro por el suelo sin asfaltar, raspándome las rodillas y manchando lo que con gran esmero mi madre limpió por órdenes de mi progenitor.

De repente siento un dolor en la espalda y a mi lado cae una piedra; una tras otra, me producen un dolor inigualable, pero no es el impacto de las piedras lo que me duele, sino las palabras. ¿Es que acaso no les enseñaron un poco de empatía en el colegio? Palabras hirientes y humillantes me cubren entera y abren de nuevo las heridas de mis rodillas. Levante la mirada, mala idea, ahí estaba mi progenitor y en sus brazos agarrado fuertemente Diego. “Perdóname por no encontrar otra forma de salvarme que no implicara abandonarte” me dice sollozando. El que era mi padre se da la vuelta y siguió su camino con el amor de mi vida en sus brazos. Esto fue lo que finalmente me mató, no las pedradas. La mirada de lástima de Diego y la de indiferencia de mi padre se robaron mi último aliento.

Lo único que yo quiero es abrazar a Sofía una nueva vez e ir juntas a clase sin los deberes hechos, que Diego me los deje copiar antes de que llegue la profesora Emily.

El suelo tuvo que ser testigo nuevamente de esta gran violencia hacia víctimas indefensas que fueron privadas de su libertad y sin siquiera una mínima esperanza de volver a sentir la libertad. Supongo que tal vez si hubiese nacido siendo hombre, tal vez...